

salia de la cama, que tampoco se mudaba nunca. En más de un año no se le proveyó de ropa de ningún género, ni tampoco de calzado. La ventana, que estaba cerrada con un candado, no se abría para que entrase el aire exterior, haciéndole respirar su propia infección. No tenía ni libros, ni juguetes, ni nada en que entretenerse. Sus facultades activas, contrariadas por el ocio y la soledad, se habían estragado, y sus miembros estaban entorpecidos. Su inteligencia se asfixiaba con la continuación de su terror. Parecía que Simon había recibido orden de experimentar hasta qué grado de embrutecimiento y de miseria se podía sumir al hijo de un rey.

Las cautivas no cesaban de llorar por aquel niño. Sólo les respondían con injurias á las preguntas que hacían para saber de él. El tutear á todo el mundo había sido una de las medidas decretadas por la autoridad revolucionaria de Hebert y de Chaumette, y la que más incomodaba á las princesas. Por lo mismo, sus carceleros las tuteaban con afectación siempre que habían de dirigirles la palabra. Durante la cuaresma no les dieron más que alimentos de carne, para obligarles á faltar á los preceptos de la religión; pero ellas no comieron en los cuarenta días sino un poco de pan y leche que se reservaban del desayuno. Se les privó tener luz desde los primeros días de la primavera, socolor de economía nacional, viéndose precisadas á acostarse al anochecer ó á permanecer á oscuras. Aquel cautiverio tan cruel no alteró, sin embargo, ni la belleza inocente de la joven princesa, ni la serenidad de humor de su tía. La naturaleza y la juventud triunfaron en la una de la persecución, y la religión en la otra del infortunio. Su mutua ternura, sus conversaciones y sus sufrimientos, compartidos en comun, les inspiraron una paciencia que se asemejaba mucho á la paz.

Se ha visto que Hebert, por dar una prenda más al populacho, había pedido el juicio de las princesas, y que Robespierre había rechazado aquella proposición; pero después del suplicio de Hebert, suplicio que hacía sospechar en Robespierre ciertas tendencias á la moderación, los miembros de los comités de salud pública y de seguridad general quisieron probar al pueblo que igualaban, si no excedían, en inflexibilidad contra los ídolos del realismo al partido de Hebert. Robespierre, Couthon y Saint-Just aparentaron contra ellos el mismo rigorismo que habían mostrado pocos días antes con sus enemigos. Sólo salvaron á la joven princesa y á su hermano. La orden de juzgar á madama Isabel fué un desafío de crueldad entre los hombres de la situación sobre quiénes serían más implacables con la sangre de los Borbones.

IV

El 9 de Mayo, en el momento en que las princesas medio vestidas oraban al pié de sus camas antes de acostarse, oyeron llamar á la puerta de su habitación con golpes violentos, y tan repetidos que las puertas se conmovieron como si fuesen á saltar de sus goznes. Madama Isabel se apresuró á vestirse y fué á abrir. «¡Baja al momento, ciudadana!»—le dijeron los llaveros. «¿Y mi sobrina?»—les respondió la princesa. «Más tarde se pensará en ella.» La tía conoció la suerte que le aguardaba; dirigióse precipitadamente hácia donde estaba su sobrina, y la estrechó en sus brazos como para disputar aquella separación. Madama Real lloraba y temblaba. «Tranquízate, hija mía,—le dijo su tía;— seguramente volveré á subir muy

pronto.» «No, ciudadana,—respondieron groseramente los carceleros;—tú no subirás ya más. Toma tu sombrero y baja.» Como ella retardase cuanto le era posible el dar cumplimiento á aquella orden inicua, los carceleros empezaron á insultarla con invectivas y apóstrofes injuriosos. En pocas palabras se despidió de su sobrina, haciéndole mil piadosos encargos, invocando, para dar más autoridad á lo que le decía, la memoria del rey y de la reina. Inundando de lágrimas el rostro de la joven, salió, volviéndose ántes de atravesar el umbral del cuarto para bendecirla por última vez. En el postigo encontró á los comisarios, que la registraron de nuevo, y haciéndole subir en un coche, la condujeron á la Conserjería.

Era medianoche. Se hubiera dicho que el día no tenía bastantes horas para la impaciencia del tribunal. El vicepresidente esperaba á madama Isabel, y la interrogó sin testigos. En seguida la dejaron descansar algunas horas en la misma cama en que María Antonieta había pasado su agonía. A la mañana, la condujeron al tribunal acompañada de veinticuatro acusados de todos sexos, escogidos para inspirar al pueblo recuerdos y resentimientos contra la corte. Entre las personas que acompañaban á madama Isabel estaban las señoras de Senozan, de Montmorency, de Canisy, de Montmorin, el hijo de esta última, de edad de diez y ocho años, Mr. de Lomenie, antiguo ministro de la Guerra, y el viejo cortesano de Versalles conde de Sourdeval. «¿De qué se queja?»—dijo el acusador público, viendo aque-



Madama Isabel al pié del cadalso.—Pág. 394.

lla comitiva de mujeres de ilustre apellido alrededor de la hermana de Luis XVI.— En viéndose al pié de la guillotina rodeada de esta fiel nobleza, podrá creerse todavía en Versalles.»

Las acusaciones fueron irrisorias, y las respuestas desdeñosas. «Llamais á mi hermano tirano,—dijo la hermana de Luis XVI al acusador y á los jueces.—Si él hubiera sido lo que decís, no estaríais en donde estais, ni yo en vuestra presencia.» Sin dolor y sin conmoverse oyó su sentencia, pidiendo por único favor un sacerdote fiel á su fe para sellar su muerte con el perdón divino. Este consuelo le fué negado, y madama Isabel tuvo que suplirlo con la oración y con el sacrificio de su vida. Mucho tiempo ántes de la hora del suplicio, entró en el calabozo comun para animar á sus compañeras, presidiendo con una tierna solicitud el tocado fúnebre de las mujeres que iban á morir con ella. Su último pensamiento fué un escrúpulo de pudor, dando la mitad de su pañuelo á una jóven sentenciada, poniéndoselo con sus propias manos, para que la castidad no fuese profanada ni aún en la muerte.

En seguida cortaron sus largos cabellos rubios, que cayeron á sus piés como la corona de su juventud. Las mujeres de su comitiva fúnebre y los ejecutores se los repartieron. Le ataron las manos y le hicieron subir en el último banco de la carreta que cerraba el convoy. Quisieron que su suplicio fuese mayor viendo y oyendo los veintidos golpes que cayeron sobre aquellas cabezas aristocráticas. El pueblo reunido para verla pasar permaneció mudo: la hermosura de la princesa transfigurada por la paz interior, su inocencia de todos los desórdenes que habian despopularizado á la corte, su juventud sacrificada al cariño que tenia á su hermano, su adhesión voluntaria al calabozo y al cadalso de su familia, hacían de ella la víctima más pura del trono. Es muy glorioso para la familia real el ofrecer aquella víctima sin mancha, muy impío en el pueblo el haberla pedido. Un secreto remordimiento roía todos los corazones. El verdugo iba á dar reliquias al trono y una santa á la monarquía. Sus compañeras la veneraban ya ántes de que subiese al cielo. Orgullosas de morir con la inocencia, se aproximaron todas humildemente á la princesa ántes de subir una á una sobre el cadalso, y le pidieron que les diese el consuelo de besarla. Los ejecutores no se atrevieron á rehusar á las mujeres lo que habian negado á Herault de Sechelles y á Danton. La princesa besó á todas las sentenciadas á medida que iban subiendo la escalera. Despues de aquel fúnebre besamanos, entregó su cabeza á la cuchilla. Casta en medio de las seducciones de la belleza y de la juventud, piadosa y pura en una corte ligera, paciente en el calabozo, humilde en las grandezas, y altiva delante del suplicio, madama Isabel fué, tanto por su vida como por su muerte, un modelo de inocencia en las gradas del trono, un ejemplo de cariño fraternal, un objeto de admiración para el mundo, y de oprobio eterno para la república.

V

El número y la barbarie de los suplicios, la inocencia de las víctimas, la repartición de los despojos, la irrisión de los juicios, los torrentes de sangre y los montones de cadáveres transformaban á la nación en verdugo, y al gobierno en una máquina de asesinatos. Para saber gobernar bastaba con saber herir. Francia pre-

sentaba el espectáculo de un pueblo que se diezmaba á sí mismo. El gobierno no se atrevía á desprenderse de la guillotina por temor de que la volvieran en contra suya, no conservando el poder algunos dias sino escudándose con un perpetuo cadalso. Semejante gobierno no podia durar mucho tiempo, porque no era sino un largo asesinato. El crimen no es duradero en la naturaleza; es imposible fundar un reinado de furor, de venganza, de expoliación, de impiedad y de degüello. Semejantes épocas se atraviesan avergonzándose de ellas, y sacudiendo despues el polvo de los zapatos cuando se han pasado. Tal es el orden divino de las sociedades humanas. La revolución, armada para destruir antiguas y odiosas desigualdades y para marchar en orden á la fraternidad democrática, no podia desnaturalizarse impunemente á sí misma, ni cambiarse en una opresión sanguinaria. Despues de haber destruido el trono, debía buscar otro poder regular en el pueblo, y organizarle con buenas instituciones, y no por medio de degüellos. El Terror no era el poder, sino la tiranía, y ésta no podia ser el gobierno de la libertad.

Estos pensamientos fermentaban en la cabeza de Robespierre, que se volvía loco por resolver el problema del poder que se debía establecer en la república.

Este problema se planteaba por sí mismo á cada nuevo giro de la revolución ante todos los hombres reflexivos. Todos habian sucumbido tratando de resolverlo. Mirabeau, despues de haber rebajado el trono al nivel de la nación y roto el cetro, habia muerto soñando en quiméricas y pueriles reconstrucciones. La Asamblea legislativa se habia ahogado en su Constitución de 1791, imaginando un equilibrio imposible. Los girondinos se habian aplastado bajo el peso de una república mal asentada que quisieron sostener con leyes insuficientes. Hebert y Ronsin habian muerto por haber inventado, á imitación de Marat, una dictadura del pueblo personificada en un verdugo supremo. Danton habia perecido por haber buscado el poder en los arrebatos, y despues en el vano arrepentimiento del pueblo. Robespierre, heredero á su vez de todas aquellas tentativas impotentes y de todas aquellas reputaciones destruidas, se preguntaba lo que iba á hacer de su omnipotencia de opinión, y qué clase de gobierno daría á la democracia. ¿Tendría genio suficiente para inventarle y poder para asegurarlo, ó sucumbiría como todos, tratando de transformar la anarquía en unidad y la violencia en ley? ¿Sería sólo el ídolo siniestro, ó sería el hombre de Estado de la revolución? Tal era la cuestión que Europa entera se proponía mirándole, y la que él mismo se proponía también. Tres meses iba á tardar en saber á qué atenerse.

La muerte de Hebert habia hecho á Robespierre dueño de la municipalidad; la de Danton, árbitro de la Convención; la perseverancia y el espiritualismo de sus doctrinas le daban el dominio sobre los Jacobinos. Su talento, engrandecido por el estudio obstinado y por cinco años pasados casi en la tribuna, daba á sus ideas y á sus palabras una fuerza y una actividad que nadie le disputaba. Ninguna elocuencia podia ya contrabalancear la suya: era la única voz grave de la república, y los Jacobinos y la Convención no escuchaban ya sino á él. Aunque no tuviese ni afectase aún un dominio absoluto en el comité de salud pública, la opinión de Francia le daba la superioridad, que es la dictadura de la naturaleza; sus colegas se indignaban en secreto, pero fingían dársela ellos mismos. La Convención simulaba el entusiasmo para disfrazar su servilismo. Los Franciscanos estaban dispersos. La municipalidad, subordinada enteramente á los agentes del partido de Ro-

bespierre, le respondía de las secciones, las secciones del pueblo, y Henriot de la guardia nacional. Robespierre no reinaba, pero reinaba su nombre. No le restaba que hacer otra cosa que realizar su reino y organizar su dictadura; pero vacilaba en dar este último paso.

Los motivos de estas dudas eran en el alma de Robespierre una virtud y un vicio á la vez. «¿Por qué—respondía á sus confidentes—he dedicado yo mi vida, mi pensamiento, mis vigiliás, mi palabra, mi nombre y mi sangre á la revolución? Para destronar á los reyes y á los aristócratas, para restituir el poder al pueblo, y para hacerle capaz y digno de ejercer por sí mismo y solo su soberanía natural. ¿Y qué se me propone hoy, que los tiranos y los aristócratas están destruidos y que el pueblo reina por su representación nacional? Ponerme á mí mismo en lugar de esos tiranos que hemos destruido, y restablecer en mi persona, en nombre del pueblo, la tiranía abolida. Convengo—añadía—en que yo no abuse del poder supremo, y en que mi dictadura no sea sino la dictadura de la razón y de la verdad sobre la república; pero al tomarla ó aceptarla, habré dado el ejemplo más seductor á los ambiciosos y el más fatal á la libertad. Mi reinado será corto: sé que mi pecho es el blanco secreto de cien mil puñales. Después de mí, ¿quién os responde de mi sucesor? El peligro de la dictadura no está tanto en el dictador como en la institución. Esta magistratura es la de la desesperación de las naciones. Fundada contra la tiranía, se cambia involuntariamente en una tiranía permanente; salva un día para perder un siglo. ¡Perezca el día presente, con tal que se preserve el porvenir! Dejemos que el pueblo se extravíe, vuelva en sí, caiga, se levante, se hiera á sí mismo, antes de darle esta humillante tutela que le encadenará so pretexto de guiarle. Las naciones tienen su infancia, y la libertad su cuna. Es menester vigilar esta infancia de la libertad, pero no enfrenarla. Convengo en que la unidad es necesaria á la república; poned esta unidad en una institución, y no en un hombre, y que, muerto éste, la unidad reviva en otro, á condición que esta unidad no se perpetúe mucho tiempo en el poder, y que este primer magistrado descienda pronto al rango de simple ciudadano. Algunos hombres son útiles, ninguno es necesario; sólo el pueblo es inmortal.»

Así hablaba Robespierre á sus confidentes. Sus manuscritos testifican que también se hablaba de este modo á sí mismo. Su repugnancia por el poder supremo era sincera por los motivos que alegaba. Pero había otros que le hacían repugnar apoderarse solo del poder, que aún no los confesaba. Estos eran que había llegado al objeto de sus pensamientos, y que en realidad no sabía qué forma le convenía dar á las instituciones revolucionarias. Hombre de ideas más que de acción, Robespierre tenía el pensamiento de la revolución más que la fórmula política. El alma de las instituciones para el porvenir era en su sueño el mecanismo de un gobierno popular que le faltaba. Sus teorías, tomadas de los libros, eran brillantes y vagas como perspectivas nebulosas en lontananza. Las veía siempre desvanecerse, y no las tocaba nunca con la mano firme y precisa de la práctica. Ignoraba que la libertad por sí misma debe protegerse por un poder fuerte, y que este poder tiene necesidad de una cabeza para querer y miembros para ejecutar; creía que las palabras continuamente repetidas de libertad, igualdad, desinterés, adhesión y virtud, eran por sí solas un gobierno; tomaba la filosofía por la política, indignándose de sus errores; atribuía continuamente á los complotos de la aristocracia ó de la demagogia

sus decepciones; creía que en suprimiendo de la sociedad los aristócratas y los demagogos, suprimiría los vicios de la humanidad y los obstáculos del juego de las instituciones; había tomado al pueblo como una ilusión, en lugar de tomarlo con seriedad; se irritaba por hallarle con frecuencia tan débil, tan cobarde, tan cruel, tan ignorante, tan versátil y tan indigno del rango que la naturaleza le ha asignado; se encolerizaba, se agriaba y encargaba al cadalso que le allanase las dificul-



Carnot.

tades, pero en seguida se indignaba por los excesos del cadalso y acudía á las palabras de humanidad y de justicia; volvía á apelar á los suplicios, é invocando la virtud suscitaba la muerte; vacilaba tan pronto en la incertidumbre y tan pronto en la sangre; desesperaba de los hombres y se asustaba de sí mismo. «¡La muerte! ¡Siempre la muerte!—exclamaba con frecuencia en el seno de la intimidad.—¡Y los malvados la rechazan contra mí! ¡Qué memoria voy á dejar si esto dura! La vida me pesa.»

En fin, la verdad se hizo lugar una vez. Con la acción del desaliento de sí mismo exclamó: «¡No! Yo no soy á propósito para gobernar, sino para combatir á los enemigos del pueblo.»